

Respuesta a Jorge Torres

Antoine Roquentin



Capítulo 1

Para ensayar una respuesta, voy a intentar ser lo más honesto que me sea posible, tal vez con un poco de ingenuidad y (quizás) con una modestia que, si no se percibe bien el sentido de mis palabras, podrá sonar a altanería. Sepa que no es mi intención ser erudito de nada -por lo menos, ya no me interesa- y lo único que busco es dejar preguntas abiertas, para que cada uno pueda sacar su conclusión.

En muchos sentidos, reconozco esa sensación de la que habla. En mi caso, los pececitos han sido (durante algún tiempo) los hijos. Desde la más profunda honestidad, le diré que he sentido una especie de omnipotencia del poder creador, una sensualidad de comandar, de moldear, de doblegar. Es por ese mismo motivo que he tratado por todos los medios a mi alcance nunca hacerlo. Creo en la libertad, y cuando me reconocí como un tirano, no me quedó más alternativa que controlarme, por el bien de aquellos a los que quiero y por el mío propio. Tal vez esa es la situación del Creador, luchando por no ser un tirano.

Si ese fuera el caso, la pregunta seguiría en pie, ya que no es difícil comprender el por qué sería conveniente terminar la vida antes que después en este escenario. En cualquier caso, la intención del escrito (para todo aquel que guste leerlo) es exponer que no hay razón lógica, en ningún escenario esotérico o exotérico, en donde esta pregunta no sea válida. Sé que no es una pregunta fácil, sobre todo porque hay muchos que han sufrido de tales decisiones por personas muy cercanas a ellas. Y esto es, para mí, una manera de aliento. Tal vez el suicida haya tomado la decisión correcta.

Personalmente, tengo una tendencia suicida muy marcada, nunca lo hice por un simple hecho: me privaría de seguir aprendiendo. Sé que puede sonar como una justificación, pero le juro que es cierto. Lo único que me interesa en esta vida (hoy, luego de mucha meditación al respecto) es comprender. Si Dios me prometiera contarme el secreto del Universo por un segundo y, pasado éste, mi destino fuera el olvido más absoluto, si ni siquiera mis partículas sobrevivieran y se olvidara mi existencia y mi presencia en el Universo desde el Principio de los Tiempos, así y todo aceptaría gustoso.

Y, a pesar de lo abstracto del planteo, es lo suficientemente fuerte como para generar algún tipo de incomodidad. Sé que no tengo derecho a incomodar a nadie, sobre todo porque nadie me ha pedido que lo haga, y que el encontrarse con algo semejante es tomar desprevenido al lector, pero sé que me comprenderá cuando declaro para todo aquél que pretenda leerme (y salvando las diferencias con el Cristo) que: "No he venido a traer paz, sino espada". Digo que sé que me comprenderá porque muchos de sus escritos, sino todos, están orientados a la misma

necesidad, una necesidad de patear todo lo conocido, todo lo que se cree saber. El mundo está lleno de falsos ídolos, y mi gusto y placer es caminar por la vida, mazo en mano, con la intención de destruir todo ídolo que encuentre en mi camino, no por necedad, ni por mero vandalismo, sino porque creo que el camino a la verdad se alcanza sólo luego de haber transitado todos los posibles caminos equivocados, por descarte. Si no me equivoco, algo parecido deberá sentir usted, de otro modo, creo que no podría escribir con la lucidez, el humor y la acidez con la que lo hace.

En cualquier caso, la pregunta está planteada, y una de las causas es que el único motivo efectivo por el cual se niega como posibilidad fáctica es la de ser un pecado. Está prohibido. Ahora bien, para alguien como yo, esta mera prohibición amerita (con el clásico estilo hereje al que ya estoy resignado) el planteo serio acerca de su examen.

Si, como comenta, podemos mejorar en el proceso y, de paso, divertir un rato a Dios, estaré conforme con la solución (por el momento)

Confío en que Dios sabrá juzgarme, quizás como pecador o incluso hereje, pero honesto respecto de mi búsqueda de la Verdad.